

## *Notas y Documentos*

ASOCIACION NACIONAL DE COMPOSITORES

(1936 - 1986)

*Carlos Riesco*<sup>1</sup>

La familia musical chilena está de pláceme debido a que uno de sus miembros, la Asociación Nacional de Compositores (ANC), celebra los diez lustros de su fundación. Este aniversario la convierte, así, en una de las agrupaciones de compositores más antiguas e influyentes del continente, por haber actuado ininterrumpidamente en los objetos de la música desde su constitución. Como ya lo dijéramos en otro artículo<sup>2</sup>, los compositores chilenos han dado pruebas de virtud en cuanto a cautelar los destinos de este arte en nuestro ámbito local, logrando encauzar las reformas necesarias que, en el pasado, allanaron el camino a una adecuada enseñanza de las disciplinas musicales en universidades y conservatorios del país, preocupándose, además, de dar origen a instituciones y leyes que permitieron el financiamiento de conjuntos artísticos tan importantes como la Orquesta Sinfónica, el Ballet Nacional y diversos grupos de cámara, que han estado encargados de dar a conocer las obras, tanto del repertorio universal como nacional. En efecto, una vez fundada la Asociación Nacional de Compositores, sus miembros, encabezados por la egregia figura de Domingo Santa Cruz, se abocaron a la difícil tarea de lograr la promulgación de una ley, por parte del Congreso Nacional, que diera respaldo económico a los tan grandes anhelos que les animaban. Después de un ímprobo quehacer, se logró finalmente, en 1940, la promulgación de la ley que dio vida al Instituto de Extensión Musical, institución magnífica que permitió dar a conocer a un número considerable de valores chilenos que se han destacado brillantemente como importantes creadores de nuestra música.

Debemos señalar con énfasis, sin embargo, que la Asociación Nacional de Compositores nunca ha sido una entidad gremial, sino, por el contrario, una agrupación netamente académica, que ha sabido llevar sus tareas por los senderos del quehacer humanístico, dando a conocer nuestras reflexiones acerca de los problemas que nos competen, dejando de lado todas aquellas otras cosas que tienen atinencia con cuestiones de carácter autoral, vinculadas a los derechos de autor, las cuales están veladas por otra entidad de carácter administrativo, en la cual tiene naturalmente una representación.

Los músicos fundadores de la Asociación fueron los siguientes compositores: Pedro Humberto Allende, René Amengual, Próspero Bisquert, Carlos Isamitt, Alfonso Leng, Alfonso Letelier, Héctor Melo, Samuel Negrete, Domingo Santa Cruz, Jorge Urrutia-Blondel y Armando Urzúa.

Con posterioridad a su fundación, se fueron incorporando lentamente los compositores de las nuevas generaciones, lo que ha llegado a configurar un rol

<sup>1</sup>Miembro de Número de la Academia Chilena de Bellas Artes del Instituto de Chile.

<sup>2</sup>"Anacrusa", Vol. 40 N° 165 de la Revista Musical Chilena.

general que abarca la no despreciable suma de ochenta socios en total, que representan las más diversas posiciones estéticas, sin que ello haya influido negativamente en las muy buenas relaciones personales que han prevalecido entre los miembros de la A.N.C. Esto es algo que parece haber asombrado a muchos músicos extranjeros: se extrañan de que pueda existir una amistad tan cordial, entre compositores que, en el campo de la creación musical, mantienen posiciones encontradas u opuestas.

Debemos referirnos ahora, aun cuando sea someramente, a la extraordinaria labor que ha desempeñado la Asociación Nacional de Compositores en este primer medio siglo de existencia, por cuanto nos asiste la seguridad de que esta institución ha de perdurar por mucho tiempo, en su acción catalizadora del ambiente musical chileno; al menos, así lo deseamos.

La acción de la Asociación ha estado dirigida en parte principal a la promoción de la música chilena. A partir de 1937, los socios acordaron ya un plan de trabajo que contemplaba la organización de conciertos públicos donde pudieran dar a conocer sus propias composiciones, junto a obras de vanguardia de los grandes compositores de este siglo. Por razones obvias, esta actividad estuvo restringida en su práctica al género de cámara. Fueron especialmente importantes las Temporadas de Conciertos de Música Contemporánea, realizadas en el Salón Sur del Hotel Carrera entre los años 1950 y 1954. En la primera de éstas, se estrenaron cuatro obras de compositores chilenos que les habían sido especialmente comisionadas por la A.N.C. Nos referimos a la "Sonata" para piano de Gustavo Becerra, los "Diez preludios" para piano de René Amengual, la "Suite" para piano de Alfonso Montecinos y la "Canzona e Rondo" para violín y piano de Carlos Riesco. A este conjunto de obras, debemos sumar además otras dos que, si bien no habían sido comisionadas, constituían también estrenos absolutos: "Romances Pastorales" para coro mixto de Juan Orrego Salas y las "Dos Canciones de Cuna" para voz y piano de Jorge Urrutia-Blondel.

En este período (1950-1954), tan activo de la Asociación Nacional de Compositores, se dieron a conocer una cantidad muy importante de obras de Bela Bartok, Alban Berg, Lenox Berkeley, Benjamín Britten, Aaron Copland, Luigi Dallapiccola, Manuel de Falla, Irving Fine, Jean Francaix, Paul Hindemith, Arthur Honegger, Charles Ives, Leo Janáček, Hans Jelinek, André Jolivet, Olivier Messiaen, Darius Milhaud, Goffredo Petrassi, Walter Piston, Sergei Prokofiev, Arnold Schoenberg, Igor Stravinsky, Michael Tippett, William Walton y Kurt Weill, cuya lista de obras sería muy larga enumerar. No quisiéramos dejar pasar los nombres de compositores iberoamericanos que también fueron dados a conocer en estas notables jornadas dedicadas a la música contemporánea. Ellos son José Ardévol, Julián Bautista, Carlos Chávez, Celso Garrido-Lecca, Alberto Ginastera, Camargo Guarnieri, Rodolfo Halffter, Silvestre Revueltas, Héctor Tosar y Héctor Villa-Lobos.

Con el correr de los años se han ido incorporando muchos nombres nuevos a los programas de conciertos, pertenecientes a generaciones más jóvenes, lo cual demuestra palpariamente la ingente y continuada labor que la Asociación Nacional de Compositores ha realizado con el correr de los años. Sería injusto no mencionar la gran colaboración que recibió esta entidad por parte de la Universidad de Chile y que se canalizó a través del Instituto de Extensión Musical, institución que sufragó

los gastos correspondientes a la contratación de artistas y arriendo de la sala de espectáculo, por cuanto aquélla no ha contado con más aportes financieros que los que le han brindado sus propios socios, a manera de cuotas, las que no han sido siempre fáciles de recolectar.

Debemos consignar también que las relaciones entre la A.N.C. y la Facultad de Música de la Universidad de Chile no se limitaron tan solamente a las acciones que hemos expuesto más arriba, sino que abarcó un amplio campo de actividades en las que se contó con la colaboración de los compositores miembros de A.N.C. Así, se revisaron las bases que dieron origen al otorgamiento de "Premios por Obras" y a los "Festivales de Música Chilena" que se inauguraron en 1948. La primera de estas iniciativas, los "Premios por Obras", tuvieron una importancia muy grande en nuestro medio, por cuanto permitieron ayudar económicamente a los compositores nacionales, pero obligándolos a componer. La idea le perteneció a Domingo Santa Cruz, al menos en lo que es admisible a la creación musical, puesto que, originalmente, fue don Andrés Bello quien, en el siglo pasado, desde su alto rango como Rector, dio origen a este procedimiento, como una manera de incentivar los trabajos de investigación que realizaban los académicos de la Universidad de Chile. Con el tiempo esta valiosa iniciativa cayó en el olvido hasta que Santa Cruz la revivió, aplicándola a la creación musical y trabajos de investigación musicológica. Los "Premios por Obras" funcionaban de la siguiente manera: la Facultad nombraba una "Comisión Permanente" a comienzos de cada año, que se abocaba, en el momento que fuera necesario, al estudio de las obras que le sometían los compositores o musicólogos para ser juzgadas. Los miembros de esta comisión le fijaban entonces un porcentaje de una escala de valores de excelencia a la que le correspondía una equivalencia en valores monetarios, de esta manera, como ya lo hemos dicho, los músicos recibían una compensación económica, a veces bastante elevada, por sus desvelos y esfuerzos creativos. Las composiciones que obtenían un porcentaje equivalente a más del 50% del máximo del premio que otorgaba cada categoría, pasaban por derecho propio a los Festivales de Música Chilena y si eran distinguidas además con algún premio en los Festivales, eran incluidas automáticamente en los programas de la Temporada Oficial del año siguiente. Queda en claro entonces, cuán importante resultó ser para la música chilena este procedimiento tan expedito, que les permitía a los compositores trabajar con ahínco, siendo remunerados, a la vez que se incluían las obras en los programas de conciertos, sin más límites que una exigencia mínima de calidad. Por desgracia, estamos contando historia, por cuanto que ni los "Premios por Obras", ni los "Festivales de Música Chilena" tienen vigencia en la actualidad. Son los signos de la época presente, donde prevalecen los criterios economistas que exigen que todas las actividades humanas, aun las que tienen relación exclusiva con el mero hecho de pensar, tengan que autofinanciarse. Se nos viene a la memoria la notable intervención de Domingo Santa Cruz, expresada ante el Honorable Consejo Universitario hace algunos años atrás, según la cual "el amor y el arte, en la medida que se autofinancian, se prostituyen".

No menos importante que la actividad de carácter público, era aquella que la Asociación Nacional de Compositores llevaba a cabo en el seno de su propia intimidad. En efecto, un importante capítulo de su existencia está representado por

las reuniones que los socios sostenían en sus casas particulares con el fin de dar a conocer a sus colegas los frutos de sus propias creaciones, o bien para intercambiar opiniones acerca de obras pertenecientes a compositores extranjeros, cuyas partituras habían sido conseguidas por alguno de los socios. Hay que recordar que durante los primeros años de la existencia de la A.N.C., aquellos correspondientes a la década de los cuarenta, resultaba muy difícil conseguirse partituras contemporáneas en el país, debido a los trastornos internacionales de toda índole que había generado la segunda guerra mundial. Las más de las veces se obtenían mediante encargos que se les hacían a directores de orquesta amigos, que nos visitaban frecuentemente durante aquellos años, debido a las precarias condiciones que prevalecían en gran parte del planeta. A estas reuniones también solían ser invitados los alumnos avanzados de composición, aquellos que ya habían adquirido una cierta experiencia y se encontraban en condiciones de mostrar sus primeros logros. Esta iniciativa tuvo gran importancia para la generación más joven de aquel entonces, la que representaban Gustavo Becerra, Alfonso Montecinos y el que suscribe, por cuanto nos permitió hacernos amigos de nuestros mayores, intercambiar ideas y recibir valiosos consejos, que mucho nos ayudaron en nuestro desarrollo. Así recordamos con bastante nostalgia algunas reuniones en casa de Pedro Humberto Allende, Domingo Santa Cruz y, especialmente, las que se realizaban periódicamente en casa de Alfonso Letelier. Efectivamente, fue donde este último que pudimos dar a conocer nuestra propia obra, las "Semblanzas Chilenas" para piano y escuchar las primeras composiciones de Juan Orrego Salas, quien a la sazón estudiaba en los Estados Unidos, verbi gratia las "Variaciones y fuga sobre el tema de un pregón", para piano, obra que data de 1946. Con posterioridad, a partir de 1950, debido al gran avance técnico que significó la llegada al mercado del disco microsurco y más tarde de los cassettes, se celebraron prolongadas sesiones, destinadas a escuchar las grabaciones de obras contemporáneas que, cada vez con mayor frecuencia, iban llegando al país: "Orfeo", "Apolo", "Concierto en Re" para cuerdas, "Sinfonía en tres movimientos" de Igor Stravinsky; "El Cónsul" de Jean Carlo Menotti. Pocos meses después, se escuchaban de Bela Bartok los seis Cuartetos de Cuerda, el "Concierto para Violín y Orquesta", "Música para cuerdas, arpa, celesta y percusión", "Concierto para Orquesta" y la "Sonata para dos pianos y percusión", obras todas que impactaron muy profundamente a los compositores chilenos, por cuanto el celeberrimo compositor húngaro era, por aquel entonces, completamente desconocido en Chile, como lo era, por lo demás, en casi todas partes.

Felizmente, las reuniones musicales no se han interrumpido hasta la fecha y, si bien, no se ha prefijado un orden de encuentros establecido, los compositores chilenos han seguido frecuentándose en uno y otro domicilio, intercambiando ideas, no siempre coincidentes, pero que dan sabor a las reuniones y permiten seguir practicando la amistad.

La Asociación Nacional de Compositores entre los años 1947-1962, fue reconocida como filial chilena de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea (SIMC). Este hecho le permitió alcanzar una muy destacada influencia en el seno mismo de la Sociedad, entre los años 1952-1955, como lo veremos más adelante. Desde todo un primer momento, los socios fundadores de la A.N.C. tuvieron plena

conciencia de la importancia que podía tener para nuestro país un vínculo estrecho con la SIMC, puesto que ello le permitiría a la música chilena darse a conocer en los medios internacionales y ganar el prestigio que se merecía.

Como es de pleno conocimiento, la SIMC había sido fundada por el destacado musicólogo inglés Edward Dent con el propósito de "proteger y estimular toda tendencia experimental y de difícil captación en la música; representar y salvaguardar los ideales artísticos comunes a los músicos contemporáneos"<sup>3</sup> como así también "extender el conocimiento y las relaciones de reciprocidad artística entre los diversos países"<sup>4</sup>.

La iniciativa de establecer los primeros contactos con la SIMC fue asumida por Carlos Isamitt, quien había sucedido a Pedro Humberto Allende como presidente de la A.N.C. en 1938. Sin embargo, fue solamente en diciembre de 1939 que la solicitud chilena de ingreso fue acogida favorablemente por el nuevo presidente de la SIMC, Edwin Evans; de esta manera, una vez cumplidas las formalidades de rigor, la Asociación Nacional de Compositores se convirtió en la filial chilena de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea, cuya sede estaba en Londres. Desgraciadamente, la conflagración mundial que acababa de desatarse en Europa vino a poner un compás de espera forzoso en las relaciones de estas dos entidades musicales. En 1947, el presidente de la SIMC, Edward Clark, le comunicaba por cable a la Asociación Nacional de Compositores que "fue aceptada entusiastamente la filiación de la A.N.C. - Chile en la SIMC", e invitaba a sus miembros a enviar partituras al Festival Internacional de Música Contemporánea correspondiente a 1948. Con esta comunicación se abrían las puertas que darían paso a la interpretación de obras chilenas en los medios internacionales, circunstancia que favorecería el intercambio musical entre diversos países y la comunidad iberoamericana.

La primera obra que fue seleccionada por el jurado internacional de la SIMC fueron las "Canciones Castellanas" de Juan Orrego Salas, con ocasión del Festival Internacional de Palermo y Taormina que tuvo lugar en abril de 1949. Con posterioridad también fueron aceptadas las "Variaciones en Fa" para piano de Alfonso Letelier (XXVI Festival, Salzburgo, 1952), el "Sexteto para Instrumentos de Vientos" de René Amengual (XXVII Festival, Oslo, 1953), las "Cuatro Danzas" para orquesta de Carlos Riesco (XXVIII Festival, Haifa, 1954) y la Cantata "De la muerte a la mañana" de Leni Alexander (XXXIV Festival, Colonia, 1960). Debemos agregar que con posterioridad a la desafiliación, por acuerdo unánime de la Asamblea General de Socios, se resolvió el retiro de la A.N.C. de la SIMC el 4 de julio de 1962, fue aceptada la ejecución de "Feed-Back" para violín de Juan Amenábar (Festival de Canadá, 1984), cuya partitura fue presentada al Jurado Internacional a través de la filial argentina.

En 1952 durante el Festival de Salzburgo se creó una situación de insospechada tensión o estado de crisis tan profunda que casi le cuesta la vida a la Sociedad Internacional de Música Contemporánea. El presidente Edward Clark había manifestado sus deseos de no seguir ejerciendo el cargo, y debido a ello se había llegado al

<sup>3</sup>Revista Musical Chilena N° 34 (junio-julio, 1949).

<sup>4</sup>Revista Nueva Música I/1 (mayo 1945).

FESTIVAL N° 26 DE LA SOCIEDAD INTERNACIONAL  
DE MUSICA CONTEMPORANEA EN SALZBURG 1952.



Mario Peragallo (Italia), Carlos Riesco y Alfonso Letelier (delegados chilenos), Matyas Feiber, Benjamín Frankel (delegados ingleses).

acuerdo de llevar como candidato a la presidencia al delegado de la Filial Francesa, Pierre Capdeville. Por alguna razón que desconocemos, cuando se anunció ante la Asamblea General la nominación de esta candidatura, Pierre Capdeville se negó a aceptarla, aduciendo como razón principal que no estaba dispuesto a recibir presiones de parte alguna. Fue tan grande la batahola que se armó a continuación en la Asamblea, que se prefirió acabar con el debate y se suspendió la sesión hasta el día siguiente. En días posteriores no mejoró en nada la situación imperante, sino, por el contrario, las diferentes posturas comenzaron a radicalizarse y se hacía notar un desaliento tan agudo que llegó a hacer temer por la existencia misma de la SIMC. Fue entonces que un grupo numeroso de delegados se reunieron en el Café Mozart de Salzburgo, de donde surgió la idea de que se eligiese un Comité Directivo transitorio, en vez de un presidente, que tendría la misión de actuar como "desfacedor de entuertos". Se propuso también que fueran elegidos como directivos a los delegados de países periféricos de Europa y de ultramar, como se denominaban a los países no europeos, para que se diciera una capacidad de resolver los múltiples problemas que aquejaban a la SIMC, con mente fresca ajena a todo previo compromiso. Después de una larga discusión donde primó la amabilidad por sobre los exabruptos, se decidió proponer a la Asamblea General los siguientes nombres para ocupar los cargos directivos: Paulina Hall, Noruega; Benjamín Frankel, Gran Bretaña; Lex van Delden, Holanda; Stanley Glasser, Sud Africa y Carlos Riesco, Chile.



Amsterdam 1953. Comité de Dirección de la SIMC. De izquierda a derecha: Stanley Glasser (Sud-Africa), Carlos Riesco (Chile), Pauline Hall (Noruega), Benjamín Frankel (Gran Bretaña), Lex van Delden (Holanda).

Esta proposición, una vez acordada, se llevó a la Asamblea General y como se contaba con el número necesario de votos la tramitación no duró más allá de cinco minutos, dejando al resto de los delegados estupefactos por la rapidez con que se había llegado a un acuerdo tan inesperado. Faltaba todavía nombrar al delegado de la SIMC ante el Consejo Internacional de la Música de la UNESCO, decidiéndose, sin más trámite, por el delegado que representaba a Chile, puesto que el suscrito era el único miembro del Consejo Directivo que a la sazón vivía en París.

Debemos reconocer que durante el año 1952 se trabajó con mucha dedicación preparándose con todo esmero el próximo Festival que debía tener lugar en Oslo. Nos reunimos una vez más, ya fuera en Londres, Amsterdam o París y a través de nuestra delegación ante el Consejo Internacional de la Música, pudimos influir muy favorablemente porque se considerase que los países de Iberoamérica no eran apéndice de los países europeos o de los EE.UU., y que tenían el derecho de hacer valer sus propias vivencias, salvaguardando sus particulares valores culturales.

El primer Festival que organizó el nuevo Comité Directivo tuvo como sede a Oslo, festival que fue acogido con verdadero beneplácito por los diferentes países que enviaron delegaciones, ya que había sido preparado con mucho esmero por la filial noruega, habiéndose logrado, además, por parte de los miembros directivos de la SIMC, limar las asperezas en cuestiones de criterio que separaban a los diferentes países. En esta nueva Asamblea General de Oslo primó la cordura por sobre toda otra cosa y no hubo inconvenientes para elegir un nuevo presidente, cargo que recayó en la persona de Johan Bentzon (Dinamarca). Esta vez la presidencia contó

con la asesoría de un Consejo Presidencial que quedó constituido por las siguientes personas: Goffredo Petrassi (Italia), Benjamín Frankel (Gran Bretaña), Dr. Heinrich Strobel (Alemania) y Carlos Riesco (Chile). En esta ocasión también se nombró un Tesorero: Stanley Glasser (Sud Africa) y un Secretario General: Flemming Weis (Dinamarca).

Conformaban la delegación chilena al Festival de Oslo, Domingo Santa Cruz y René Amengual, cuya presencia fue en extremo grata para el que suscribe, por cuanto hacía ya dos años que no nos veíamos. Además, con el precedente ya que ya éramos miembros del Consejo Directivo, los delegados chilenos fueron recibidos con especial afecto, aumentando así la buena disposición que se tenía en la SIMC para con la Asociación Nacional de Compositores.

Durante el año que siguió al Festival de Oslo, el trabajo en la SIMC resultó mucho más grato. Se había elegido un nuevo presidente, habíanse eliminado las diferencias de otrora, que tanto daño hicieran a la Sociedad en el pasado, y comenzaba a aceptarse que podían existir las discrepancias en cuanto a tendencias y estilos, entre los compositores que aspiraban a ver sus composiciones incluidas en los programas de los Festivales de la SIMC. Hubo un mayor acercamiento con los países de ultramar y se aceptó el criterio que las distancias geográficas eran una y misma en ambos sentidos, es decir, que el traslado de un lugar a otro costaba, por igual, en ambas direcciones. Teniéndose en cuenta esta visión internacional, se aceptó que el XXVIII Festival de la SIMC se llevara a cabo en Haifa, Israel (1954).

Durante el desarrollo del Festival de Haifa no se constituyó la Asamblea General de la SIMC, debido a que se había acordado con antelación que ésta se realizara en Roma, inmediatamente después que terminara el evento en Israel. Nosotros no pudimos estar presente, en esta segunda parte, puesto que seguimos viaje a oriente, por encargo del Consejo Internacional de la Música de la UNESCO. En Roma se eligió presidente de la SIMC al Dr. Heinrich Strobel y el Consejo Presidencial estuvo compuesto por Goffredo Petrassi, Benjamín Frankel, Carlos Riesco y se incorporó a Henry Martelli como representante de Francia. Se escogió como sede del XXIX Festival de la Sociedad a la ciudad de Baden-Baden. Durante ese año, 1955, se cerraba el ciclo en el que nos había tocado actuar tan directamente en la dirección de la SIMC, como representante de la Asociación Nacional de Compositores. Sin embargo, la participación chilena en los medios musicales internacionales no terminó allí, ya que el compositor Domingo Santa Cruz fue elegido como Presidente del Consejo Internacional de la Música, sucediendo en el cargo a Sir Stuart Wilson.

En el plano nacional son muchas otras las actividades e influencias que ha ejercido la Asociación Nacional de Compositores en nuestra vida musical cotidiana; ha participado con sus representantes en jurados, ha organizado concursos, ha estado siempre presente cuando se trataba de defender los intereses y dignidades de los compositores; en fin, es una entidad que se ha ganado el respeto de todos, a la vez que todos los estamos agradecidos. Son múltiples los homenajes públicos que se le han rendido a la Asociación Nacional de Compositores, para celebrar éste su cincuentenario de existencia. Sea este artículo, tan cargado de recuerdos de antaño, testimonio de nuestro propio homenaje.